



Fiesta de San Ignacio de Loyola 2009

La confesión de Jesús como Mesías Lucas sitúa la confesión de Pedro en un contexto distinto al de Marcos. Desde el principio, ha preparado a sus lectores para comprender la mesianidad de Jesús. Ha diseñado la escena de la llamada de los discípulos (5, 1-11). Un poco más tarde, ha evocado la elección de los Doce y su ministerio apostólico (6, 12-16), con Pedro a su cabeza (6, 14). Luego los Doce han tenido que comenzar su ministerio de misión (9,1-6). Y mientras Herodes, lleno de perplejidad ante las diversas opiniones del pueblo, permanecía en la incertidumbre y la soledad (9, 7-9), Jesús entabla con Pedro una conversación que desemboca en la revelación de su identidad mesiánica.

Lucas desea mostrar con esta sabia construcción que los discípulos, por boca de Pedro, han reconocido a su Señor ya desde Galilea, es decir, mucho antes de su pasión, y que lo han confesado correctamente como Cristo. Lucas ha afirmado explícitamente en dos ocasiones (9, 45 y 18, 34) que los discípulos no fueron capaces de comprender el significado de los anuncios de Jesús sobre su pasión. La cruz les hizo vacilar y Pedro llegará a negarlo (22, 31-34.54-62), pero eso será tan sólo un acto único y efímero de debilidad. Después de sus lágrimas (22, 62), de su “conversión” (22, 32b) y sobre todo tras la resurrección de Jesús, Pedro confesará de nuevo a Jesús como Cristo y se convertirá incluso en portavoz de los Doce. Al narrar la confesión de Pedro sobre Jesús en el tiempo anterior a la Pascua, Lucas tiene en cuenta también la realidad de la Iglesia, de manera que los lectores entiendan que Pedro ha contestado bien a la pregunta de Jesús.

¿Cómo entiende Lucas la orden de no decir nada sobre la identidad de Jesús? Hay dos interpretaciones posibles: a) el título de Mesías, sin el contrapunto (v. 22) del anuncio de la pasión, corre el peligro de ser mal comprendido; b) los jefes del pueblo, que no podrán creer en la mesianidad de Jesús, no deben ser informados demasiado pronto, para que no pongan así un fin violento prematuro a la obra mesiánica (cf. 22, 66-71).

La confesión de Pedro (v. 20b) es una especie de resumen de la primera parte del evangelio. A ella sigue una manifestación del mismo Jesús, el primer anuncio de la pasión, que va a determinar en adelante la continuación y el final del evangelio de Lucas (v. 22). Así pues, la fe de los discípulos se va profundizando a lo largo de esta conversación. Los discípulos y los lectores deben prepararse para pasar del Jesús-Mesías al Jesús-Mesías-doliente.

Lucas recoge en la manifestación de Jesús sobre su pasión dos afirmaciones teológicas de Marcos: a) Dios tiene un plan, indicado al decir “es necesario que el Hijo del Hombre sufra mucho” (cf. Hech 2, 23). Entre la exigencia del plan de Dios y la libertad humana se va dibujando el camino del Dios vivo, que prevé los sufrimientos del Hijo del hombre y los integra; b) para Lucas no solamente la muerte, sino también el



sufrimiento, son signos del mesianismo cristiano (cf. Hech 26, 23). “Sufrir” es ser rechazado y morir. La instancia más alta del judaísmo se va a equivocar y va a rechazar al enviado de Dios. No solamente Jesús morirá como todo el mundo, sino que será matado. La sentencia del tribunal del sanedrín se entiende aquí como un asesinato. Lucas pone el mismo verbo en labios de Pedro en Hechos, e incluso en la voz activa: “Vosotros lo matasteis” (Hech 3, 15). Pero los hombres no pueden matar más que el cuerpo (12, 4-5), mientras que la acción de Dios continúa, integrando esa muerte en su plan y confiriéndole un significado nuevo, gracias a su feliz desenlace. En este texto, se anuncia el viernes santo y también la pascua. Pero el sentido y alcance de la resurrección sigue siendo un misterio todavía no desvelado.

El seguimiento de Jesús

Nos encontramos a continuación en el texto evangélico una serie de sentencias, que nacieron independientemente del anuncio de la pasión y se han transmitido en forma dispersa; aquí se han reunido a causa de su relación con el anuncio de la pasión.

¿Cómo entiende Lucas estas sentencias? La gente ha recibido los beneficios de la multiplicación de los panes y ha sido saciada. Ahora se trata de enseñarles cómo tiene que ser su comportamiento delante de Dios (v. 23-27).

Esta enseñanza integra el imperativo moral del seguimiento de Jesús (v. 23-27) con el conocimiento del misterio de Cristo (v. 18-22). Así es como se dirige este discurso a todo aquel pueblo, que había sido todavía incapaz de confesar a Cristo como lo ha hecho Pedro (v. 23a). Al mismo tiempo, se dirige a todos los lectores u oyentes. Creer no es simplemente tener algo por verdadero; es un impulso de la persona humana hacia la persona del mensajero de Dios. Para Lucas, la existencia cristiana es un caminar con Jesús y bajo su dirección. En la situación pascual, esto quiere decir vivir, en el mundo, del Evangelio, del bautismo y en la comunión con Cristo. Sin ruptura consigo mismo, sin renuncia a sí mismo, la conversión no tiene futuro. «Renunciar a sí mismo» no significa odiarse (cf. 10, 27), sino renunciar a la vida no auténtica, demoler la fachada de orgullo de su identidad y dejar que aflore, en la relación con Cristo, el verdadero yo frágil y despojado. El publicano de la parábola (18, 13) concreta esta actitud del discípulo.

Renunciar a sí mismo indica la ruptura con su propio pasado; “cargar con su cruz de cada día” marca la dirección de la ética personal. La fidelidad en la fe nos lleva al sufrimiento y al seguimiento de los pasos de Jesús. O dicho a la manera de Lucas: hay que pasar por muchas tribulaciones para poder entrar en el reino de Dios (Hech 14, 22). Jesús no exige de nosotros el sufrimiento por sí mismo, pero ve de antemano que el amor a Dios y al prójimo no pueden realizarse (Lc 10, 7-28) sin el sacrificio de sí mismo y sin compartir sus sufrimientos.



¿En qué concreta Lucas el intento de “salvar su vida”? El hombre no salva precisamente su vida cuando quiere salvarla. «Salvar la vida» no es en sí mismo nada negativo; al contrario, lo que Dios quiere es que salvemos nuestra vida. Lo que condena el Cristo de Lucas es que uno quiera salvarse a sí mismo, pretendiendo realizar por sí mismo y para sí mismo esa esperanza legítima con su acción, su trabajo y sus pensamientos. En resumen, el ser humano yerra en su objetivo si quiere conservar su vida solamente en provecho propio, puesto que su vida sólo le pertenece para la entrega a los otros. Este peculiar carácter de la vida humana se explica teológicamente porque el fundamento y el objetivo final de esta vida es Dios mismo. El fracaso de la propia justicia se constata ya en el plano psicológico de las relaciones interhumanas: una existencia puramente egocéntrica es una vida fracasada, en la medida en que se le escapan la calidad y el calor de la comunicación.

En la segunda mitad de la sentencia, habría que poner “perder la vida” entre comillas, ya que sólo en apariencia es una vida perdida. Así es, sin embargo, como juzgaron muchos paganos y juzgan ciertos incrédulos de hoy la existencia cristiana: como miserable, sin gozos y sometida al sufrimiento.

“Por causa de mí” explicita la referencia necesaria de la vida del discípulo a Jesús. Esta referencia a Cristo no hace de la vida cristiana una vida bajo una nueva ley, sino una vida en comunión con el Señor. Al final, Dios salvará esa vida vivida en comunión con él.

En toda su obra, Lucas simboliza el rechazo de la fe mediante la actitud de la avaricia. En este marco se comprende mejor el sentido de la sentencia del versículo 25: “¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si se pierde o se arruina a sí mismo?”. En ella se relaciona didácticamente la voluntad de poseerlo todo y la pérdida de uno mismo. El deseo de salvar la vida se define aquí como un impulso a poseer, a ganar el mundo, lo cual incluye además una sed de poder. La consecuencia última de este fantasma sería el despojo de todos los demás seres humanos y la sed inextinguible de revancha. Al revés, la comunidad de bienes es el signo de vida lograda: el hombre recibe porque da. Tanto las ciencias humanas como el sentido común nos dicen que un ser humano no puede vivir sin un yo estructurado y sin poseer algunos objetos, símbolos de su identidad. El Cristo de Lucas no exige quizás de nosotros una renuncia que llegue hasta una pérdida semejante. Lo que reclama es una relación profunda, viva y generadora de vida entre Dios y el hombre. Esta comunicación vivificante nos ofrece la posibilidad de comprendernos sin apoyarnos en nosotros mismos, y de entender la posesión de cosas sin que sea necesariamente personal. La historia de la Iglesia conoce muchas personas que se encontraron precisamente cuando se perdieron, es decir, cuando se dieron.

En relación con la sentencia del v. 26 - “porque si uno se avergüenza de mí o de mi mensaje, el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga rodeado de su gloria” - nos limitamos a señalar que la idea de confesar la fe (12, 8) está ausente en esta ocasión. Por el contrario, se encuentra aquí una expresión cargada de sentimiento:



“tener un sentimiento de vergüenza”, “avergonzarse”. Se muestra así que la fe no es tan sólo una cuestión de inteligencia, sino también de corazón.

La vergüenza paraliza al hombre y le dicta su conducta, interior y exterior. Se necesita una gran solidez interior y un agudo sentido de responsabilidad para no actuar como la mayoría y demostrar que se tiene coraje para el testimonio en medio de la sociedad. Es común avergonzarse de tratar con personas que no son “como es debido”, según el sentir general. Los cristianos tuvieron que superar este sentimiento de vergüenza, tanto entre los judíos como en la sociedad de las ciudades griegas. La persona de Jesús y su enseñanza podían ser chocantes y motivo de escándalo o de desprecio. Pablo da testimonio de que ha experimentado este sentimiento y de que lo ha superado, cuando afirma: “No me avergüenzo del evangelio” (Rom 1, 16).

Estas condiciones del discipulado las encontramos vividas y enseñadas por San Ignacio en grado sumo. Él nos ofrece preciosos testimonios de su decisión de servir en todo al Señor, en aplicación coherente del principio y fundamento de la vida del hombre: “Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda... que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado” (Ejercicios, 98). Cristo nuestro Señor encomienda a sus amigos que ayuden a atraer a todos “primero a suma pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; 2º, a deseo de oprobios y menosprecios, porque destas dos cosas se sigue la humildad, de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el 2º, oprobio o menosprecio contra el honor mundano; el 3º, humildad contra la soberbia;”(Ejercicios, 146). La humildad es perfecta cuando “por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido como tal, que por sabio ni prudente en este mundo” (Ejercicios 167).

Siguiendo la experiencia y el consejo de San Ignacio, termino invitándoos a rogar, en coloquio con el Padre y el Hijo y con nuestra Señora, que seamos recibidos por Cristo debajo de su bandera y alcancemos la gracia de vivir la vocación a la que nos ha llamado “sin displacer de su divina majestad”.

31 de julio de 2009